

LA HORA DEL SILENCIO

CRISTINA FEIJÓO

Feijóo, Cristina

La hora del silencio / Cristina Feijóo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Astier, 2022. 208 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-48518-1-9

1. Narrativa Argentina. 2. Dictadura Militar. 3. Presos Políticos.

I. Título.

CDD A863

1ra. Edición Astier Libros, 2022.

Colección: Ficción Argentina.

Coordinación editorial: Gabriel D. Lerman

Diseño: Laura Corti

Fotografía de tapa: Daniel Berbedés

Impresión:

ISBN 978-987-48518-1-9

Impreso en la Argentina / Marzo de 2022

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

LA HORA DEL SILENCIO

CRISTINA FEIJÓO



FICCIÓN ARGENTINA ●

*A la memoria de Juan Rulfo
de quien aquí soné ser un eco*

*...y de nuevo me veo por la ventana de tu auto
gritando en medio de la nada “aquí no hay almas”, sin
saber entonces que buscaría en este mar risas y silencios,
siempre los de ustedes, los tuyos...
la vida volverá a sonreír, estoy segura, pero hoy,
justamente hoy, estas cuestiones del ser, del estar, del
pertenecer, me han dejado al aire libre, sin lo que me
cobijaba siempre, tu sola presencia, tu estar.*

Cristela Godoy

En su muro de Facebook 30-12-2013

*Me refugio en los astros donde uno puede pasarse sin
límites y sentir que todo ser humano es eterno en cada uno de
los segundos de su existencia. Esto que escribo en este momento
en una celda del fuerte de Taureau, lo he escrito y lo escribiré
durante la eternidad, sobre una mesa, con una pluma, con
vestimentas, en circunstancias semejantes.*

Louis Auguste Blanqui – (1871), citado por
Julián Axat en su artículo “El derecho a las estrellas
para 2014”, publicado en *Página/12* el 31/12/2013.

*Del otro lado de la reja está la realidad, del este lado de
la reja también está/ la realidad; la única irreall/ es la reja; la
libertad es real aunque no se sabe bien/ si pertenece al mundo
de los vivos, al/ mundo de los muertos, al mundo de las/
fantasías o al mundo de la vigilia...*

Del Poema de Paco Urondo, “La única realidad es
la verdad” (Cárcel de Villa Devoto, abril de 1973)

Diario. Primera entrada

Sobre mí, no tengo mucho que decir. Nací en colonia Esperanza. Mi madre viajó hasta ese lugar a parirme y me regaló a la mujer que me habría de criar. Tía ya tenía muchos hijos y no me tomó como propia; me tomó como una boca más. La última boca.

De bebé descubrí que estaba sola y por mi cuenta.

Cuando crecí noté mi cuerpo, las patas flacas que se iban volviendo más peludas; y adentro de ese bulto de piel, huesos y pelos había algo más, algo vivo, atravesado por corrientes a veces inhóspitas, a veces suaves o violentas, cada una chocando y acomodándose de modo inestable, y eso que yo, adentro, tenía una sacralidad que embestía contra el mundo en el que vivían los demás. Un mundo de palabras falsas y bocas enmascaradas.

Decidí no hablar, y cuando hablé para mí, a los cinco años, tía escuchó y de la rabia me dio un soplamocos. Por simuladora, dijo. Pero yo no quería mentir. Quería preservar la palabra limpia; quería ser devuelta al lugar de donde caí, de Andrómeda o de donde fuera.

—No hablaré— dije.

—Sí, hablarás— gritó.

—No.

—Sí—. Y ahí tía sacó la vara para pegar al caballo. Y me pegó tantas veces que al final no aguanté más, y hablé.

Hablaba sí, pero el esfuerzo era tan portentoso que me dañaba la voz. A fuerza de talerazos aprendí a mentir, ocul-

tar, falsear, y así fui admitida en sociedad. Cuando pude actuar con astucia, fui admitida.

En cuanto al pueblo: todo lo que había en él pertenecía a él; hasta lo malo era bueno porque era parte del lugar. Pertenecer hacía que todo, para la gente, tuviera sentido. Yo, aparte. Caída de algún territorio del que nada sabía. ¿Qué hacía en el mundo? Era un misterio.

A los ocho años, yéndome ya de colonia Esperanza con una vieja del Colastiné que me pidió para compañía, tía me dijo que mi madre se llamaba Nekane y que no me había querido. Dijo esas palabras de la nada, y pasaron años hasta que entendí que eran un signo.

Años más tarde, viviendo en la villa El Sapito, conocí a Delia. Ella me dijo que las dos formábamos parte de un contingente de seres que añoran la Edad Dorada del Hombre, criaturas que buscan lo real y abominan de lo aparente. Sin embargo, me decía ella, no debemos renunciar a este mundo de apariencias sino vivir en él de otro modo, como si, en nuestro juego, fuera real. Entretanto, aprenderíamos a leer los signos y esperaríamos el momento de hacer el tránsito a la Realidad. La gorda Delia me prestó novelas de Leopoldo Marechal, de Macedonio Fernández, de Roberto Arlt, de Julio Cortázar, y en esos libros encontré personajes que me maravillaron y que fueron mi vía de comunicación en este plano de la existencia. Los personajes de los libros eran seres únicos y eran también eternos ya que no cambiaban, no se transformaban ni morían. Eran reales. Fue cuando descubrí que podía hablar con ellos y como ellos. Me acostumbré a sostener largos diálogos con algunos personajes en su propia lengua, que era rica y única. De ese modo podía usar la fuerza, el temblor y la magia prodigiosa de las palabras. Así aprendí a vivir en el mundo de los libros y a subsistir entre apariencias.

Para contar la historia de mi amor por Nina me valí de la voz de Damiana Cisneros, un personaje de la novela Pedro Páramo. La vieja Damiana era sabia y con ella hicimos un pacto: yo contaría mi historia usando su voz y ella contaría historias entramadas con la mía. Y resultó que algunas de esas historias iluminaban de tal modo mi pasado que hasta parecían sacadas de mi propia cabeza. Es que Damiana custodia el archivo de todas las historias posibles, las que sucedieron y las que se soñaron, las que fueron y las que pudieron ser, las de adentro de la cárcel y las de afuera, ya que la realidad carece de esos límites. En este libro, entonces, los relatos vienen de a muchos, tal vez porque así vivimos las presas, entre muchas, y no hay más remedio que entender su trama como un tapiz, cuyo dibujo no se ve hilo por hilo sino cada hilo entrelazado y sujeto a otros en un tejido que se desharía ante los ojos si cada uno de ellos no sujetara a los demás, si cada hilo no se apareara y entretejera con un propósito que se escapa al que contempla y sólo aparece y se hace visible como parte de un todo. Lo que sigue no son los primeros lazos que se enlazaron en este tapiz, pero por algún lugar había que ingresar a una trama que parece no tener fin.

Me llamo Leonora. Tengo veinticinco años. Esta historia comienza el día que Nina entró a la cárcel y la vi por primera vez. He recordado tantas veces esos momentos y con tal frecuencia he recreado los detalles, que tal vez hayan dejado de ser ciertos.

Serían las diez de la mañana. La celadora abrió las rejas, que rechinaron secamente. Y ahí estaba parada Nina. De refilón se me apareció su perfil, los hombros enjutos, el pelo marrón. Se me nublaron los ojos un segundo. Luego lo recordé tantas veces y en todas se me nublaban los ojos y se me tum-baba el corazón. En el momento en que ella entró, me arras-

traba al patio un cardumen humano. Las compañeras llevaban los colchones al patio. Era un día de matanza de chinches. Unas semanas atrás habíamos pedido permiso para deschinchar y el penal contestó la mañana en que entró Nina. Vino la celadora y dijo bueno internas, a deschinchar. Era un día soleado, con viento propicio para airear colchones y frazadas. Nina entró y yo a cazar chinches. Entre nubes de polvo. Junto a las otras mojé trapos en kerosene, refregué esquineros de las camas. Estrujé la tela empapada contra los ángulos de hierro, rematé chinches a zapatazos. Con las chinches, el combate no tiene fin. Vuelven siempre. Deschinchar emborracha de kerosene a las compañeras y a las celadoras. Ese era un día de paz frágil en medio de la guerra. A las guardianas limpiar las pacifica. Estábamos, ellas y nosotras, en guerra contra lo asqueroso. Lo asqueroso para las guardianas éramos las subversivas, y para nosotras, las guardianas. Ese día el asco lo pusimos, unas y otras, en las alimañas. Era uno de esos momentos, como cuando está llegando el día y la noche retrocede y entre la noche y el día hay un instante de tregua, un tiempo suspendido que no es día ni noche: entonces se revela lo maravilloso, lo que sin parecer humano fue esencia de lo humano antes de que existiera el tiempo. Desaparece la dualidad, que es lo que nos toca vivir aquí abajo. Aplastar. Ser aplastadas. Sobrevivir en estos gestos repetidos, este tiempo congelado o fantasmal de la cárcel. A algunas compañeras les gustaba prender fuego a los elásticos y achicharrar bichos, pero las guardianas tenían miedo del fuego o del motín. En el revuelo alguien prendió un fósforo, flamearon trapos de kerosene y se pasaron las antorchas por las camas metálicas. Las celadoras miraban, inquietas. Antes de que cayera el sol y bajara la nube húmeda en el patio, los colchones estarían adentro, las frazadas adentro, y las camas hechas. Yo, al aire

libre aunque pendiente de Nina. Nina, que venía de la calle. ¿Un matecito? ¿Un cacho de pan?, le ofreció Vinchuca, la delegada. Un matecito, aceptó Nina con su voz ronca. De verla nomás se notaba que se pensaba libre y afuera en unos días. Miraba con lástima a las compañeras. Yo no tengo nada que ver, dijo Nina. Es una confusión. Y Vinchuca sí, sí; si se confundieron se arregla. Qué olor a kerosene, dijo Nina, chupando el mate. Y yo pensé que el día de la matanza de chinches es el único que el pabellón no huele a mierda. Es el día en que el pabellón mejor huele.

Si Nina no hubiera llegado en esos días, malos días para nosotras, otro gallo cantaría. Pero ella llegó cuando más aguda era la resistencia de las presas contra el penal, cuando la resistencia activa se volvía en contra de nosotras y más que mostrar nuestra fortaleza exponía nuestra debilidad; todos los días un pabellón decía basta o un grupo se manifestaba en rebeldía contra la resistencia activa. Yo misma la consideraba equivocada, igual que el grupo de mis compañeras, las basis-tas. Aguantábamos, no nos sumábamos a romper lo que había sido la unidad, pero el aire era espeso y lo peor, ellos rebosaban satisfacción al vernos chocar y malquerernos.

❖ *Nina*

Apenas entra Nina al pabellón la recibe la delegada. Le da charla unos minutos y la deja sola. Empieza para Nina la primera ronda de interrogaciones.

Sentadas en un rincón de la mesa, las dos guerrilleras de rango más alto le preguntan que dónde ha caído, que

con quiénes, que si está organizada, que si la han maltratado, que si ella ha cantado, que si hay que advertir a alguien que se halle en peligro afuera, que si ha estado en un campo de concentración, que si ha visto a alguien o algún nombre se le ha pegado en la memoria. Y Nina que no, que es una locura todo, una confusión, un error, que nada tiene que ver ella con nadie, y les jura y perjura por su madre que en un santiamén sale, la dejan libre por ser una injusticia su estar allí y estos conceptos mucho que no les gustan a las compañeras. Callan, pero se hacen sus juicios.

Vinchuca, entretanto, como delegada que es, va a encarar a la celadora, y la encara en el cordobés cerrado que le viene cuando está nerviosa.

—Celadora, no la podemos recepcionar a la nueva. No hay cupo.

—Lo lamento, Santoro Lucas, hable con el Jefe de Seguridad.

—Ya está hablado. No recepcionamos a nadie más. O la sacan del pabellón o pasamos a las medidas concretas.

—No amenace, Santoro Lucas, o queda sancionada.

—No..., si no, celadora. ¿Me le avisa a la inspectora?

—Ya la notifico, Santoro Lucas. Y, Santoro Lucas, llámese dichosa si no la mando a las celdas de castigo.

Media hora después llega la inspectora y Vinchuca vuelve a la reja a discutir lo del cupo. Como bien sabe la subadjutora, las presas estamos hacinadas como ganado y exigimos al penal que se habiliten más pabellones. La mujer la escucha con cara de piedra, y luego dice simplemente, no.

Dos compañeras escoltan a Nina al patio. Son las que se encargan de las que caen como de una nube, sin noción de las luchas sangrientas en el país y sin que les importe de

ellas, las que no están por las alzadas en armas ni por las sublevadas sin armas, ni por los militares, ni por causa alguna. Se las llama *garrones*. Los garrones tomarán partido por un bando, porque en la cárcel en algún lugar hay que estar. La mayoría se recuesta en la guerrilla, que por ser mayoría tiene más poder.

La primera misión de la encargada de garrones es asignarle al garrón una mujer que la adoctrine, le despeje las dudas, la consuele en sus flojeras y le lea las cartas que manda a sus familias para evitar que digan imprudencias. Los garrones más astutos se arriman a nosotras, las basistas, que a la legua se nos ve más pacíficas y que detestamos andar en pie de guerra.

Nina y esta mujer hablan en el patio. Aunque el polvo de los colchones apaleados enrarece el aire y afantasma las figuras, están fuera de la vista de la guardiana. Al rato Vinchuca se mete en el polvo y, como delegada, anoticia a Nina acerca de las reglas de convivencia del pabellón y otros asuntos comunes. Vinchuca habla apoyada en el palo de escoba, haciéndolo girar entre las piernas morrudas, cruzadas por los tobillos robustos y unos pies acostumbrados al polvo y felices en su desnudez primitiva. Nina escucha con aire ausente.

A la hora de la merienda, Vinchuca les pide a los contraventores —unos travestis apresados por quincenas— que traigan de otro pabellón un ropero vacante.

De tan hacinadas, cuesta meter la cucheta de Nina en la fila. A gatas entra el cajón de verdura. Vinchuca busca papel de diario para forrarlo.

—Es por poco tiempo— le explica a Nina—. —Cuando haya papel de revistas con fotos de colores lo forramos bien y va a quedar lindo.

—¿Y esto qué viene a ser?

—Tu ropero.

—Mi ropero. Mi, ropero —dice Nina y se apunta el pecho en mi y después en ropero, como si estuviera aprendiendo otro idioma.

—Ahá, tu ropero.

—Pero si yo salgo pronto; ni te molestes.

—Mejor. Entonces quedará para otra compañera— dice Vinchuca.

Nina ha quedado junto a Bombón, y Bombón está sentada en su cama con la boca abierta. Vinchuca las presenta. Una nueva compañera, Bombón, Nina, Nina, Bombón. Nina está a punto de llorar. Bombón, roñosa, con el camisón de viyela inmundado. Bombón se corta el pelo ella misma pero no se lo lava. Nina mira la cara granujienta de Bombón y Vinchuca se da la vuelta, ya está en lo práctico, cama, ropero, comida, y anda retando mujeres y acomodando cosas. Bombón, en tanto, agarra el borde de la frazada y se tapa hasta la cabeza. Se ha dado cuenta de que Nina la mira con asco. La compañera está un poco deprimida, le dice Vinchuca a Nina.

Bueno, Nina, vamos a ver si te conseguimos una toalla, dice Vinchuca. A ver, compañeras, grita, quién tiene dos toallas que le ceda una a la compañera, y tomando del brazo a Nina la saca de allí. Pálida, Nina, pálida, como si recién ahora se le aflojara la coraza de luz que trajo de afuera.

Vinchuca recorre el pabellón buscando una toalla y Lapona aprovecha el momento solitario de Nina para llamarla a su cucheta. Yo, que contemplo la escena, soy invitada a la reunión. Me siento en el piso y Nina se sienta en el borde de la cama de Lapona. Ahora que tengo cerca a Nina, la miro a mi gusto. Está bronceada. Usa pelo corto

en las sienes y abultado atrás. Tiene los ojos color miel, figura de pingüino. Se nota que se cree dentro de una pesadilla. Se advierten sus ganas de llorar. Olas inquietas le relumbran en los ojos.

—Aquí me dicen Lapona, por los ojos celesteclaro que tengo, parecidos a los de los perros siberianos. La que me bautizó confundía Siberia con Laponia. Y ya me quedé Lapona. ¿A vos te dicen Nina, no?— inquiere Lapona, y sin esperar respuesta, agrega —¿Te parecemos locas ¿no? En confianza— dice Lapona con su voz tranquila. Es como si le leyera la mente a Nina, que da un respingo y la mira fijo.

—No— dice Nina. Lapona le guiña un ojo y sonríe, y de repente Nina se afloja, la mira de costado y se ríe. Las dos ríen, se van soltando, y a mí la corriente de simpatía y complicidad entre ellas me duele.

—Viste, viste — se carcajea Lapona y agita un dedo en el aire. — Cuando llegué yo, también me parecieron una manga de chifladas. Era diciembre. Un calor que fritaba los sesos. Las mujeres en camisón. Dejadas; ojerosas, los pelos desgredados, en chancletas. Lentas. Yo pensé: me vuelvo como éstas y me cuelgo de la reja. Me recibieron dos, que se acodaron en la mesa para hablarme; agobiadas de sopor. Escuché ronquidos. ¡Un silencio en el penal! Era la hora del silencio. ¿Ya te hablaron de la hora del silencio?

—Sí —dijo Nina— la encargada.

—Delegada— corrigió Lapona. La cosa que yo en esa hora, la del silencio, me tomé solita una pava de mate, por hacer algo. De desesperación.

—Yo también, con la Matienso esa, que ni te pregunta si querés o no querés; te lo enchufa al mate nomás —contesta Nina,— ¿y esa, quién es?

—La encargada de los garrones como vos. Pero no le des bola. Vos te venís a este grupo. Nos dicen las basistas, somos cinco, después te las presento. Leonora, aquí sentada —dice— también es un garrón; está con nosotras. No te enganches con las de las organizaciones armadas; te van a meter en quilombos. Creéme. Justo ahora esto está que arde.

—Mirá, Lapon, yo, por ahora, no quiero saber nada de nada. Me voy pronto.

—Pero claro, querida, te comprendo. Vos, tranquila. Aquí no hay apuro.

Me remuevo en el piso. Ellas, sentadas en la cama. Yo afuera. En un acto de arrojo, me impongo hablar: —No creas, Ni—nina— digo empujando el sonido desde el fondo de la garganta —no cre—creas que no se puede so—soportar un lu—lugar tan al ma—margen de la vida. Ojo que—que el tiempo es un—una i—ilusión, y aaaaparte que—que en la cárcel ni si—siquiera está la i—ilusión de que—que vaaa pasando.

A Nina se le frunce el ceño. —No te entiendo— dice.

En los ojos de Lapon se hamaca la burla. —Calma, Nina— dice. —La compañera aquí presente, cuando se emociona, tartamudea. Otra cosa: le da por filosofar —se ríe Lapon. Se burla de mí.

Yo le hubiera dicho a Nina que la compadezco. Le hubiera dicho, si no tartamudeara: Nina, no te preocupes. Vas a recuperar la ilusión del tiempo. Para vos el tiempo volverá a pasar cuando lo encierres en tu gallinero. Un día elegirás tu cuadrado y tu palo, y ése será tu tiempo. Y cuando quieras recordar, recordarás el palo, el gallinero, y nada más. Cuando enmarques el tiempo, te aseguro que una baba del diablo te envolverá el cerebro y los días y las horas se sucederán como los sueños, inexplicables en la vigilia.

❖ *Damiana*

En el pabellón se posa el silencio. Cuando sale Josefa nadie la mira —por ser una de las tres del Partido Comunista, que nada quiere saber de las presas que no son de su Partido— pero cuando sale del pabellón el volumen de los sonidos baja. Es un cambio pequeño. Sin embargo, palpable. Alguien, una de las presas, ha abandonado el pabellón. No es buen augurio ser llamada a la Dirección. Nada bueno ocurre en la Dirección.

Me sumo al silencio de las otras. Todo es espera. El pabellón, una espera; yo, una espera, y desde ya, las dos restantes del Partido Comunista, Mónica y Sabrina, una espera redoblada.

En la cárcel, todo se sabe. Se sabe lo político y se sabe lo humano. Porque en la cárcel hay inteligencia interna, porque somos mujeres y porque estamos nosotras, los carceleros y nadie más, que se sepa.

Aguardamos el regreso de Josefa. La primera vez que la llevaron a Dirección, se enteró por un oficial del ejército que su hijo Wado tenía un mal en los huesos. El capitán le dio la noticia y le ofreció salir del país, si ella quería. No era cuestión de querer. El capitán sabía que el Partido Comunista prohibía el exilio. Josefa no se iría sin el permiso del Partido. No estaba en ella decidir, como el capitán sabía.

En tanto, estoy fuera del tiempo y fuera de mí, aunque dentro de una rémora tormentosa sacudida por ráfagas de vacío que azota las paredes y las voces. Un tiempo estancado. Las mujeres se mueven, azules como sombras. Los minutos pasan y yo fuera de su paso.

Llega Josefa de la Dirección. Pálida, los labios blancos. Le busco los ojos. Ella mira a las otras dos de su partido, Mónica y Sabrina, con pupilas de luna tenebrosa y un reflejo amarillo de faro que se extingue y deja un inmenso mar a oscuras.

No la llevan al entierro. A veces se molestan en llevar, pero éste es un entierro remoto, en la lejana Entre Ríos, y aunque el muerto es un niño, el duelo no resulta tan distinto de los duelos de los domingos, cuando las mujeres vuelven de la visita.

Los domingos, cuando se espera la llamada a visita yo, que no tengo visita nunca, observo el cambio en las caras de las mujeres. A las muy blancas les salen manchas, las morenas amarillean, las pelirrojas palidecen. Para verse más vistosas, casi todas se pintan los párpados con tizne de los calentadores, las mejillas y los labios con remolacha frotada. Van saliendo a la visita de los hombres, y vuelven con la noticia de que alguien falta: un padre, una madre, una hermana, un hermano, dos tíos, un primo, una prima, el compañero, otros compañeros. Afantasmados para siempre. Las demás esperan tras las rejas y de verlas llegar nomás, el tizne disperso en la cara y las remolachas como chanclos, ya todas sabemos. Las rejas se abren con un silencio de alarido y de a poco empiezan los murmullos y las voces bajas. Nadie grita. El grito es la irrealidad que apedrea. Y ahora, Wado está muerto.

Miro alrededor buscando a las basistas. Entre ellas, Nina, hablando con Lapona. Me acerco sin ser notada; quiero averiguar qué ha pasado con el permiso del Partido Comunista, pero estas dos se han encerrado en un clima de privacidad. Busco a Nefertiti para jugar al ajedrez y la encuentro durmiendo. Es lo que Nefertiti hace cuando las

demás están de duelo: cae dormida como un leño, aunque basta una brisa para abrirle unos ojos desencajados, como si despertara en su propia tumba. Le soplo la mejilla derecha, que tengo a mano.

No me puedo concentrar y Nefertiti me gana dos partidas. Al cabo, aunque trate de pensar en Josefa y en el chico con tristeza, un hambre terrible hace presa de mí y me pregunto cuándo vendrá el carro de la comida. Y no puedo ni mirar a Nina y a Lapona, tan relajadas y en confianza las dos, tan compinches y amigotas, charla que te charla, concentradas en qué, me digo: Y me inunda la envidia y una pena súbita por el hijo muerto de Josefa y por Josefa, que siendo marxista no cree en el más allá, que algún consuelo trae. Pero mi cabeza vuelve una y otra vez a Nina y a Lapona metidas en ese nimbo lánguido. Sus cuerpos atrincherados en un silencio que las palabras, como olas tristes, apenas rompen: ese silencio es la punta de un iceberg. Un odio creciente me sube a los oídos.

Al fin, me voy internando en *Pedro Páramo* con las siluetas de las compañeras y el runrun de sus voces, que no son voces claras sino murmullos. Siento el olor acre de la frazada y mi propio aliento que rebota en la manta, va y viene, tibio, un poco ácido, hasta que uno de esos rebotos cobra la fuerza y regularidad del viento y me arrastra hasta el sótano que custodia Damiana Cisneros. Antes de que avance más, Damiana me advierte que adentro está el archivo y que los archivos destantean, es lo que les digo a quien se aparezca en estos parajes y ahora te lo digo a ti, rezonga. No te empecines por demás en el papeleo porque no encontrarás la huella que te saque de aquí. No es para humanos esto. Ándale, ve a buscar lo que buscas.

Y me adentro en largos pasillos. Saco carpetas al azar, las abro y apenas abrirlas las hojas se hinchan y vuelan formando un colchón hediondo. Miles de carpetas organizadas ora por nombre, ora por fecha, ora por medidas de resistencia con títulos como “rechazo de comida”, “negativa de salir al recreo”, “negativa de poner atrás las manos”, “negativa a bajarse el calzón en la requisa”, “negativa a dejar escrito que rechaza la violencia “pescada *in fraganti* empericada a la ventana”, “pescada *in fraganti* platicando con las manos”, ora por ideas de los alzados.

Entre todos los legajos, veo el de Nina. De ella hay muchos y trasapelados informes, que se repiten y contradicen. En su legajo todos opinan: celadoras, subadjutoras, un cura, el censor de cartas, la profesora de manualidades, los jefes y jefas de piso y todo el que, hallándose del otro lado de la reja, pudiera opinar. Los legajos parecen reflejos de mentes alocadas que ordenan también los sueños. Y los sueños dialogan entre sí. Y dialogan los sueños con mis pensamientos y los pensamientos de otros, y con deseos y con miedos; y dialoga el tiempo con sus divisorias. Comprendo que este archivo lo abarca todo, lo hecho y lo por hacerse, lo amado, lo perdido, lo escrito, lo callado.

Me he adentrado en este mundo de mundos cuando me interrumpe el silbato.

—¡Parate!, grita Vinchuca—. Detrás, se escuchan las voces de las guardianas chismorreando antes de abrir la reja. La compañera me alcanza el pantalón y me encasqueta la garibaldina. Me pongo firme al pie de la cama, para el recuento, cuando un objeto molesto en el fundillo del pantalón me distrae; es una estrella plateada que se me pegó en el sótano y que fuera de ese ambiente pierde volumen. Pasado el recuento rebusco bajo el piletón hasta dar

con una olla medio podrida en la que Vinchuca quiere plantar papas no bien entre una con su gajo al aire. En esa olla pongo la estrella, nomás en agua.

Sentada en la cama, las manos en la garganta, respiro agitada y bañada en sudor. Echo una ojeada alrededor. Cada cual está en sus cosas, y yo también.

Mis sentidos giran sin ton ni son y veo el pabellón envuelto en humo viejo; las sombras azules de los roperos sobre las cuchetas se espejan en el agua que corre bajo las camas al compás de los escurridores, sonidos de voces cercanas y resonancias de rejas. Cosas y personas se apiñan en un segundo plano. Lo real y multicolor son el bombeo del corazón, lento y pesado, el viento en las costillas y un anhelo raro contra los huesos, que rebota al borde de la garganta. Ese estado, más que acontecer en mi cuerpo, lo domina. Es un invasor contra el que nada puedo. Yo, a mi vez, me meto en Damiana Cisneros para contar historias con la plenitud del lenguaje. Damiana es real y real es su mundo, mientras que yo nada tengo y nada puedo, por no poder yo misma ser cierta ni real hasta que encuentre mi destino o vuelva al lugar de donde caí, la luna, Andrómeda o donde fuera.